

MANUEL GARRIDO PALAZÓN

**LA FILOSOFÍA DE LAS BELLAS LETRAS
Y LA HISTORIA LITERARIA EN ESPAÑA (1777 - 1844)**

Colección Humanidades

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES
CAMPUS UNIVERSITARIO DE ALMERÍA
1992

INDICE

CAPITULO PRIMERO	11
1.1. El disputado siglo de las luces	11
1.2. La literatura y la <i>ciencia del hombre</i>	21
1.3. El “elemento filosófico” y el “elemento histórico” en la literatura	56
CAPITULO SEGUNDO	85
2.1. La literatura y la <i>historia del espíritu humano</i>	85
2.2. El lenguaje poético y “los progresos de la civilización”	107
OBRAS CITADAS	145

CAPITULO PRIMERO

1.1. El disputado siglo de las Luces

Los pensadores de los grupos sociales a los que, desde el siglo XVIII, la Historia había situado en la posibilidad de acceder a la dominación social comprendieron que, para conseguirlo, tenían antes que hacerse dueños de las imágenes que sobre los distintos ámbitos de la realidad se habían ideado secularmente. Adueñarse de ellas, transformarlas para su adecuación a las necesidades históricas y, sobre todo, para que coadyuvasen a metas sociales también idealmente concebidas, fue tarea prioritaria de varias generaciones de esos pensadores, convencidos de que “del saber nacía el poder”.

Con ella ocuparon un lugar, si no todo el espacio, de los años que habitualmente se han denominado de la Ilustración y el Romanticismo europeos; un período de tiempo que, por algunos aspectos comunes que resaltaron sobre el conjunto, al menos en España, puede ser considerado desde una perspectiva unitaria: “it may be grasped as part of a properly bourgeois cultural revolution, in which the values and the discourses, the habits and the daily space, of the *ancien régime* were systematically dismantled so that in their place could be set the new conceptualities, habits and life forms, and value systems of a capitalist market society”. Con el autorizado Fredric Jameson lo dejamos señalado, ese horizonte vastísimo de una “revolución cultural”, para no tener que volvernos continuamente hacia él, aunque sepamos que ilumina algunos valores, concepciones y hábitos sociales y culturales que por concernir a la actividad literaria serán objeto de nuestra atención ¹.

1. Véase Jameson, 1988, pp.95-96.

1. Del saber nació el poder, se pensaba. Nunca dejaron de unir ese saber, *las luces*, según decían con una añeja imagen renacentista renovada por Descartes, a la *felicidad* y la *prosperidad* individuales y colectivas²: “Las fuentes de la prosperidad son muchas, pero todas nacen de un mismo origen, y este origen es la instrucción pública (...) Con la instrucción todo se mejora y florece; sin ella todo decae y se arruina en un Estado”, proclamaba Jovellanos en una *Memoria sobre la educación pública*. En su *Elogio de Carlos III* de 1788 celebraba que el rey comprendiese que había que crear un “espíritu general de ilustración” y “dar entrada a la luz en sus dominios” para hacer feliz a España³.

Esta luz del saber, la cartesiana luz de la razón, no tenía valor -implica el planteamiento jovellanista- sino como luz difundida. Con la luz, las *Luces*, les *lumières* francesas, se emparentaban el verbo *ilustrar*, que ya con Feijoo significaba “transmitir a otro un saber que pueda transformarlo al darle “luces””, y el sustantivo *ilustración*, que fue usándose cada vez más a lo largo del siglo como sinónimo del saber⁴. Pero de un saber educador, porque los renovados logros intelectuales sólo podían cumplir su cometido social si se expandían y servían para cambiar los hábitos mentales y actitudes de quienes habían de colaborar en ese cometido para disfrutar a cambio de sus frutos. Por eso se puede afirmar con Julián Marías, aunque restando lo exagerado de la cláusula negativa, que la innovación de esta época “no es propiamente intelectual, sino social” y consiste en la incorporación, durante el siglo XVIII, “de grandes minorías (...) a la vida histórica y cultural”⁵. En el siglo XIX este alcance minoritario se vió disimulado por una invocación a la educación general, dentro de la cual la literatura cumplió buena parte de su papel.

Desde el Setecientos el saber no debía ser privilegio de clérigos y *connaisseurs*, aunque ello no quiere decir que, ya pensado en alemán como *Kultur* o a lo francés como *civilisation*, la *civilización* española, no implicase una identidad cultural socialmente diferenciadora, en cuyos límites ideales habremos de situarnos para describir el lugar que a la literatura le corresponde. Para orientarse pensemos que esta acabó viviéndose como experiencia

2. Cf. Arce, 1980, p. 8.

3. Véase para la “Memoria”, Jovellanos, 1951, I, p. 231; y para el “Elogio”, Jovellanos, 1978, p. 191.

4. Cf. Arce, *ibid.*

5. Marías, 1988, p. 21.

estética en una época en la que -nos explica Titus Suck- “the emerging bourgeoisie represented its social interest esthetically”⁶.

El saber fue, pues, desde la época ilustrada, educación, principalmente al servicio de metas sociales en el caso español, como veremos. En 1838 un redactor de la revista *El siglo XIX*, F. Fernández Villabril, aún elogiaba en “los esfuerzos de los sabios” el fruto de “esta ilustración más generalizada, este anhelo de saber que se nota en todas las clases”(Confrontemos esta mira con la más reducida del siglo XVIII. La “propagación de las luces, que es la primera, la más positiva garantía de la prosperidad de las naciones” era igualmente el empeño, tan ilustrado, de *El Panorama*, otra publicación que continuaba el programa periodístico de la anterior ⁷.

2. Ambas eran - tengámoslo en cuenta- revistas románticas. Quiere decirse que no debemos hacer falsas periodizaciones, al menos a este respecto del ideal de ilustración y otros concomitantes. La calificación de “cultural revolution” la emplea Jameson en el texto citado sólo para “the Western Enlightenment”, y somos nosotros los que, con las salvedades que valgan, incluiremos en ella al Romanticismo.

Si, como defiende Joaquín Arce, es la conciencia que tiene de “representar algo distinto” la que permite a una edad o periodo cultural definirse con “una suficiente entidad diferenciadora” ⁸, cabe preguntarse por qué la época de la Ilustración suele ser contumazmente limitada al siglo XVIII, cuando en el siglo siguiente, sobre todo hasta mediados, encontramos continuamente manifestaciones dominantes del optimismo ilustrado que marcan la pauta de lo que con sus protagonistas podemos llamar “el espíritu del siglo” o, como decía José Mor de Fuentes, su *opinión* ⁹.

6. Suck, 1987, p. 1090. Sobre el saber en función de nuevos ideales de sociabilidad cf. Habermas, 1986.

7. Véase Fernández Villabril, 1838, p. 1. De *El Panorama*, véase González Bravo, 1838, p. 190; cf. Chelini, R., “Una nota di costume: *El Panorama*”, *Miscellanea di Studi Ispanici*, n. 8, pp. 123-132.

8. Arce, 1980, p. 13.

9. En el poema filosófico-político *La opinión* de 1820; cit. en Abellán, 1973 (Para la “opinión del siglo”, pp. 151-160. Recuérdese también la prolija obra de Martínez de la Rosa sobre *El espíritu del siglo* (1831-1851).

Ilustración, luces, filosofía -del francés *philosophie*- *saber, literatura* incluso, o *civilización* son palabras que nos revelan hoy y en su tiempo inculcaban “una visión del mundo”, algunos de cuyos elementos podrán ser destacados por nosotros como si lo que estuviésemos intentando fuese la historia del léxico dominante en una época. Así la discusión se desplaza de su centro tradicional en torno al enfrentamiento del *clasicismo* y el *romanticismo*, hacia una perspectiva que insiste más, sencillamente porque la cree más representativa, en la continuidad de una corriente dentro de la “polifonía” de esa época que abarca parte de los siglos XVIII y XIX ¹⁰.

Hacia 1780 José Agustín Ibañez de Rentería, por ejemplo, decía en la Sociedad Económica Vascongada: “Todo el mundo está persuadido de la suma importancia de la educación, y de que es incontestablemente el fundamento de la felicidad pública”. Del mismo modo que en 1833 Larra creía que “el hombre es sólo lo que de él hacen la educación y el gobierno”; y en medio Meléndez Valdés: “Si el hombre -afirmaba- no es miserable y débil sino por ignorante, aumentando sus luces y nociones se aumentaban a un tiempo su poder y la suma de su felicidad” ¹¹. El saber -repetimos- estaba indisolublemente unido, para ellos, con el poder: “Knowledge is more than equivalent to Force”, aseguraba el inglés Samuel Johnson¹². El saber era, ante todo, el medio principal de capacitación para cualquier esfuerzo de mejora individual y social.

Toda una época, que no hemos querido limitar a la centuria consabida, vivió con el convencimiento de la fundamentación intelectual de las actuaciones materiales y en la confianza de que el saber, por medio de la reflexión y de la crítica, nunca dejaría de ser dueño de sí y de sus ambiciones. En este ámbito, desde Condillac a Augusto Schlegel, habría que trazar algunos límites de la función que la poesía, concebida como hecho lingüístico, tiene en dicha reflexión, que lo es, precisamente, de un pensamiento que se autorrepresenta por medio de la lengua ¹³.

10. Sobre la idea de que la palabra *civilización* introduce una visión del mundo, lo que nosotros extendemos también para otras palabras como *ilustración* o *filosofía*, cf. Benveniste, 1986. En cuanto al concepto de “polyphony” y, en general, sobre los problemas de periodización cf. Guillén, 1985, pp. 262 y ss.

11. Ibañez y Meléndez cit. en Sarrailh, 1979, p. 223 y 235.

12. Cit. en Hazard, 1985, p. 194.

13. Sobre la reflexión como concepto fundamental en la epistemología sensualista, desde Condillac sobre todo, se encontrarán algunas aclaraciones en lo que sigue. Sobre ese concepto en el Romanticismo alemán cf. Benjamin, 1988.